

LA CURIOSIDAD FEMENINA: UNA REFLEXIÓN DESDE LA DIDÁCTICA DE LA LITERATURAⁱ

Miquel Àngel Oltra Albiach
Rosa Maria Pardo Coy
Alicia Santolaria Orrios
Departament de Didàctica de la Llengua i la Literatura
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA – ESTUDI GENERAL

RESUMEN: La curiosidad funciona como motor de la acción en un gran número de protagonistas en la literatura. Sin embargo, la curiosidad –un elemento esencial de la condición humana- no tiene la misma consideración cuando surge de un personaje masculino que cuando va asociada a la condición femenina. En el primer caso nos encontramos con todos los tópicos literarios relacionados con la intrepidez, la aventura, el riesgo o la valentía, por poner sólo unos ejemplos; en el segundo, observamos toda una serie de connotaciones negativas asociadas al castigo por ser demasiado curiosa, preguntona o impertinente, y que podríamos rastrear en las tradiciones literarias hasta llegar al mismo paradigma de Eva. Reflexionamos en este trabajo sobre algunos aspectos de esta divergente consideración de la curiosidad mediante algunos ejemplos concretos, y perfilamos alguna líneas de trabajo didáctico para el futuro.

PALABRAS CLAVE: Educación Literaria, Educación para la igualdad, Género y educación, Estereotipos de género

1. Los relatos bíblicos y míticos

Según la Wikipedia, la curiosidad es:

...cualquier comportamiento inquisitivo natural, evidente por la observación en muchas especies animales, y es el aspecto emocional en seres vivos que engendra la exploración, la investigación, y el aprendizaje.

Se trata ésta de una definición neutra, que contrasta de entrada con la consideración que la curiosidad ha tenido en la literatura. Vinculada casi siempre a la figura femenina, la curiosidad ha sido tachada a menudo como una tendencia perniciosa cuando no como la causa de los mayores males de la humanidad. Cuando el tema ha sido la curiosidad en protagonistas hombres, a menudo se ha huído incluso de utilizar la misma palabra que cuando se habla de los personajes femeninos, dándole en estos casos un sentido positivo a tal comportamiento inquisitivo y vinculándolo a la intrepidez, a la valentía, al ansia de conocer, etc.

No es difícil encontrar relatos en la Biblia y también en la mitología griega (ambas configuradoras del imaginario cultural de la civilización occidental) que hagan alusión a la curiosidad en la mujer como causa de todos los males existentes en el mundo, mientras que el ansia de conocer por parte del hombre nos es presentada como una virtud que hace que el mundo avance y que incluso el hombre (entendido como ser humano masculino) alcance incluso la consideración de colaborador de Dios (o de los dioses) en la construcción del mundo y en la dotación de un orden para el mismo. Así, ya en los primeros capítulos de la narración bíblica leemos cómo a causa de la curiosidad de Eva por aquella fruta prohibida que la serpiente le ofrece, el mundo entero pierde el favor de Dios (Gn 3, 6-19). A partir de aquí, los relatos similares abundan a lo largo de los libros del Antiguo testamento, y como ejemplos destacables podríamos citar el caso de la mujer de Lot, que se convierte en estatua de sal al volverse a mirar qué está sucediendo en Sodoma y Gomorra y contravenir así la orden de Dios de no hacerlo (Gn 19, 23-26).ⁱⁱ

Un tratamiento muy diferente encontramos cuando se trata de curiosidad masculina. Ni siquiera la palabra –que se limita a definir el ansia malsana de saber por parte de las mujeres- se aplica en el caso de los hombres. Aquí ya no estamos hablando de curiosidad, sino más bien de intrepidez, del deseo –lícito e incluso deseable en un hombre- de conocer y de llegar siempre más allá- El pasaje de Moisés y la zarza del monte Sinaí (Ex 3, 3) es bien significativo de ese doble rasero a la hora de valorar una misma actitud ya sea un hombre o una mujer el protagonista:

Dijo, pues, Moisés: “voy a acercarme para ver este extraño caso: por qué no se consume la zarza.”

Parecido es el caso si buscamos en la mitología clásica: así Pandora se nos aparecería como la causante de todas las desgracias que ocurren en el planeta, por la malsana curiosidad que le lleva a abrir la famosa caja. A partir de aquí, los casos de mujeres que son castigadas por los dioses (a veces de manera extremadamente cruel) por su curiosidad se hacen cada vez más abundantes. Y este tema común estará sin duda en la base de los numerosos relatos orales y populares en los que la mujer siempre es un elemento distorsionador a causa de ese ansia enfermiza de conocer aquello que no debe, mientras que ese mismo impulso en un hombre será valorado como una característica asociada a la heroicidad y a la valentía. Las grandes epopeyas de la antigüedad recogen este elemento común. Un ejemplo de esta curiosidad

transformada en intrepidez lo tenemos sin duda en el personaje de Ulises, según nos lo presenta repetidas veces el autor de La Odisea:

Mis leales amigos, quedad los demás aquí quietos
mientras voy con mi nave y la gente que en ella me sigue
a explorar de esos hombres la tierra y a ver quénes sean (IX, 172-174).

(...)

A buen paso alcanzamos la gruta, mas no hallamos dentro
a su dueño, que andaba paciando su pingüe manada
por los prados, y ya en su oquedad registrámoslo todo (IX, 216-218).ⁱⁱⁱ

Con la llegada del cristianismo y la fusión de elementos judaizantes con la cultura de la antigüedad clásica, el papel secundario de la mujer y los esfuerzos por justificarlo desde la filosofía y la teología serán algunos de los temas principales de la cultura de la Edad Media, impregnando sin duda la mentalidad de la sociedad occidental y pasando de esta manera a la literatura oral y escrita.

2. Algunos ejemplos en la literatura popular

La literatura popular, tal como ha quedado fijada por escrito, abunda en esta concepción de la curiosidad femenina como un mal reprochable y fuente de gran parte de las calamidades que existen en el planeta: incluso personajes buenos (como Blancanieves o la Bella Durmiente) sucumben ante la curiosidad y son castigadas por ello. En el caso de la caprichosa Ricitos de oro, o en algunas versiones de Caperucita Roja, el ejemplo es mucho más contundente. La distancia con la consideración de la curiosidad en los personajes masculinos sigue siendo grande, si comparamos estos ejemplos con los de los hombres de esos mismos cuentos (el cazador, el príncipe...) o de otros relatos (*Pulgarcito, Las habichuelas mágicas...*).

3. La literatura actual. Algunas perspectivas diferentes

Probablemente hayamos tenido que esperar a *Alicia en el país de las maravillas* para encontrar un personaje (en este caso de autor) en el cual la curiosidad ya no es tratada como un elemento pernicioso (si bien al principio el tratamiento que recibe la niña está en la línea de las protagonistas femeninas clásicas,) sino como la posibilidad

de una evolución personal e incluso de una iniciación al mundo de los adultos. Tal como destacábamos en un trabajo anterior:

Otro ejemplo que podemos mencionar, y que responde a estas características es Mary Lennox, la protagonista de *El jardín secreto* de Frances Hodgson Burnett. La niña, criada de forma poco ortodoxa en la India, más por los criados que por sus padres, se presenta como una criatura malcriada (según los parámetros de la época) que tras la muerte de sus progenitores va a Inglaterra a vivir con el único pariente que le queda, su tío. Aunque criticada por esa manera de comportarse, gracias a su tenacidad y, cómo no, a su curiosidad acaba descubriendo el secreto que envuelve la familia y que provoca un vuelco favorable en la vida de todos los habitantes de la casa.

En la literatura de este siglo, encontramos una gran cantidad de protagonistas femeninas con inquietudes, con ansias de conocer, con aspiraciones. Pero, estas características que no siempre son visibles, las impulsa, a iniciar el viaje característico de las narraciones procedentes del folklore popular.

Hablamos, por ejemplo, de Meggie, protagonista de la trilogía de Cornelia Funke (*Corazón de tinta*, *Sangre de tinta* y *Muerte de tinta*). En su aventura, totalmente relacionada con el mundo de los libros, la niña descubre que su padre tiene el poder de convertir en personas reales a personajes ficticios de las historias que lee y que ella también posee ese don. Lo que empieza como un secreto se convierte en una gran aventura gracias al ímpetu de la protagonista por querer saber cómo funciona su don, donde la puede llevar y qué puede conseguir con ello:

(...)Unos instantes después, Mo se levantó y salió. Meggie preguntó a Elinor dónde estaba el lavabo... y le siguió.

Se sentía rara espiando a su padre. No recordaba haberlo hecho jamás... excepto la noche de la llegada de Dedo Polvoriento. Y cuando intentó averiguar si Mo era Papá Noel. Se avergonzaba de seguir sus huellas. Pero la culpa era suya. ¿Por qué le ocultaba ese libro? Y ahora a lo mejor pretendía entregárselo a la tal Elinor... ¿un libro que le impedía ver! Desde que Mo lo había escondido apresuradamente detrás de la espalda, a Meggie ya no se le había ido de la cabeza. (...) Tenía que saber por qué era tan valioso para su padre como para haberla arrastrado hasta allí por su causa... (...).^{iv}

También podemos destacar a Victoria la niña-unicornio de la trilogía de Laura Gallego, *Memorias de Idhún*. Empujada por un destino que no ha elegido, se encuentra

en medio de una serie de aventuras y peripecias y es obligada a erigirse en guía de todo un pueblo.

4. Conclusiones

A pesar de los ejemplos mencionados más arriba, podemos decir que la curiosidad como rasgo –o defecto- propiamente femenino no ha desaparecido ni mucho menos como tema en la literatura actual, y lo mismo podríamos decir de otros estereotipos vinculados al género, del amor entendido como posesión de la otra persona, del arquetipo de la mujer bella y buena como ser inmaculado y casi etéreo (o por el contrario, de la fea y mala), etc. Si miramos el trabajo habitual en las aulas, encontraremos el uso casi exclusivo de cuentos tradicionales en los que se refuerza toda esa serie de estereotipos, y no hace falta recordar el papel ideologizante en este sentido de toda la filmografía de Walt Disney, que sin duda es el primer y mayor referente (narrativo y visual) que un niño actual puede encontrar, independientemente de sus orígenes étnicos, lingüísticos y culturales.

De alguna manera es también constatable el peligro de –en aras de la igualdad absoluta entre hombres y mujeres- atribuir sin más a los personajes femeninos características que tradicionalmente sólo podían tener los hombres, y viceversa, desde una actitud que sólo en apariencia es transgresora. Consideramos que de esta manera no se resuelve el tema de la igualdad, sino que incluso con frecuencia se consigue el efecto contrario al evidenciarse que se están ‘usurpando’ roles, actitudes, maneras de vestir... que todo el mundo reconoce como propios del otro sexo, reforzándose así en los lectores la idea de que cada género tiene unos papeles propios.

Por otro lado, las investigaciones relacionadas con la crítica a las identidades de género abren la puerta –quizá de una manera vertiginosa- a la discusión sobre el propio género como fuente de identidad y sobre cómo educar sin perpetuar toda una serie de estructuras de dominación (machistas, heterocentradas, etc) que han estado presentes en la sociedad y en las conciencias desde los mismos inicios de la civilización occidental. El cómo se han de incorporar a la educación los nuevos esquemas es probablemente uno de los grandes retos a los que nos enfrentamos los educadores en este inicio de milenio.

5. Bibliografía

- Biblia de Jerusalén* (1984). Bilbao: Desclée de Brouwer.
- BURNETT, F. H. (2007) *El jardín secreto*. Barcelona: Edicions B.
- BUTLER, J. (2001) *El género en disputa*. Barcelona: Paidós.
- (2004) *Lenguaje, poder e identidad*. Barcelona: Síntesis.
- CARROLL, L. (2003) *Alicia en el país de las maravillas*. Barcelona: Juventud.
- FUNKE, C. (2003) *Corazón de tinta*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- (2006) *Sangre de tinta*. Barcelona: RBA.
- (2007) *Muerte de tinta*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- GALLEGO, L. (2004) *Memorias de Idhún*. Madrid: SM
- MENDOZA, A. (1994) *Literatura comparada e intertextualidad*. Madrid: La Muralla.

ⁱ Este artículo se enmarca en el proyecto de I+D “Educación literaria e interculturalidad” (EDU2008-01782/EDUC) financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación del Gobierno de España.

ⁱⁱ *Biblia de Jerusalén* (1984). Bilbao: Desclée de Brouwer

ⁱⁱⁱ *La Odisea*, versión castellana de José Manuel Pabón, revisada por M. Fernández Galiano (1986) Madrid: Gredos.

^{iv} FUNKE, C. (2003): *Corazón de tinta*. Barcelona: Círculo de Lectores. P. 54